

BIBLIOTECA

Los Grandes Pelos

La Novela Semanal Cinematográfica



LA
BARRERA

por
Marguerite Day,
Lionel Barrymore,
Norman Kerry, etc.

50 cts.

51
BIBLIOTECA

Los Grandes Pelmas

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAONE

Via Layetana, 12 - BARCELONA - Telef. 4423-A.

LA BARRERA

Emocionante cine-drama, interpretado por los siguientes artistas:

<i>Maxwell Burrell</i>	Norman Kerry
<i>Juan Gale</i>	Henry B. Walthall
<i>Stark Bennett</i>	Lionel Barrymore
<i>Nora</i>	Marcelina Day
<i>Sargento Murphy</i>	George Cooper
<i>Nicanor</i>	Bert Woodruff
<i>Alexa</i>	Princess Neala
<i>Poleon</i>	Mario Casillo
<i>Naima</i>	Shannon Day

Producción METRO-GOLDWYN

CONCESIONARIOS

METRO-GOLDWYN CORPORATION

Mallorca, 220-BARCELONA

Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura gubernativa.

J. KORTA, Impresor. - Cortes 219. - Barcelona

LA BARRERA

Argumento de la película

Cierta media noche, frente a las costas de Siberia, un barco mercante luchaba con la furia de las olas.

Horruosa tempestad que a medida que pasaban las horas adquiría proporciones gigantescas, amenazaba dar al traste con el velero, cuya tripulación se defendía desesperadamente, soportando los embates de la tragedia con energías hercúleas.

Stark Bennett, el patrón del buque en peligro, daba órdenes con gritos de fiera acosada.

—¡Que nadie se mueva de su sitio aunque revienta!

Curtidos su cuerpo y su corazón por el sol del camino de su vida errante, a la que se lanzara ambicionando riquezas que su cuna no le proporcionara, Bennett había vivido siempre como un salvaje, y su trato con los hombres fué de continuo desagradable.

Hombre metalizado y, a juzgar por su escasa suerte en los negocios, reñido con el metal que era su obsesión, su carácter era inservicable, por lo que sus subordinados le temían y le odiaban.

Completamente opuesto al temperamento de Bennett, Juan Gaylord, el primer piloto, sabía vivir su humilde existencia con satisfacción, contentándose con ser lo que era, y por su bondad, manifestada en todo momento, bueno o malo, de la convivencia a bordo de toda clase de gentes, se le quería y respetaba.

Mientras Bennett apelaba a los gritos más absurdos para que sus hombres vencieran con sus esfuerzos al mar, como si ellos no comprendiesen que sólo sus brazos podían salvarlos, Gaylord iba de un lado para otro dando sensatas instrucciones sin perder su serenidad.

Los momentos eran de angustia suprema.

—¡Duro ahí! ¡Duro! — vociferaba Bennett.

Los hombres seguían firmes en su puesto de verdadero combate con un enemigo traidor, y Bennett, acordándose súbitamente de que aun

había dos brazos útiles que no cooperaban al esfuerzo común, iba a abandonar el puente.

Un grito espantoso salió de varias gargantas como de una sola. Grito de rabia. Grito de dolor. Grito de miedo.

—Un hombre al agua!

Gaylord, que estaba junto a Bennett, le suplicó con la mirada que diese órdenes para que se intentase salvar al naufrago.

—¡Que nadie se mueva de su sitio! — repuso, colérico, el patrón, que temía perder su barco.

—Pero...

—¡Basta! Ese ha sido el primero. Si esto no cambia, todos hemos de servir de comida a los peces antes de que amanezca.

La más profunda emoción se pintaba en los rostros de los marineros, pero la lucha los reclamaba y no había momento que perder.

Bennett bajó a su camarote, donde se hallaban, aterradas por la inminente catástrofe, Nakoma, una india con quien casó el brutal patrón, y su hijita, de pocos años.

Por Nakoma iba Bennett.

—Esto empeora cada vez más, ¿verdad? — dijo la pobre mujer, que sufría sin quejarse, por el amor de la hija, la desconsiderada conducta que con ella observaba su marido.

—Esto es el fin, querrás decir. Y es preciso

que todos trabajemos como leones. Sabe a cubierta. No servirás de mucho, pero algo es algo.

Nakoma cubrióse de caucho y obedeció sin chistar. Dió unos besos a su hija.

—Deja en paz a la niña. Tiempo tendrás de importunarla con tus caricias si no nos hundimos. ¡Hala, arriba!

La niña quedó llorando, y Nakoma, empujada por Bennett, que de haberle ella resistido la hubiera obligado a obedecer a viva fuerza, fué a reunirse, como un "hombre" más, a los agotados marineros.

La tempestad rugía frenéticamente. Sus grandes fauces chupadoras fustigaban, para derribarla, los flancos del buque.

En torno del barco, nada. Sólo de cuando en cuando el paso fogaz y deslumbrador de un rayo, como si el cielo, de un negro que empavorecía, se agrietase por momentos.

De pronto oyóse un crujido infernal y el palo mayor abatióse sobre el puente, sin respetar a la tripulación. Algunos hombres resultaron heridos, pero todos ellos levemente. La verdadera víctima fué Nakoma, pues el macizo madero cayó sobre ella, aplastándola.

Gaylord y Bennett se aprestaron a auxiliarla mientras los marineros redoblaban sus esfuerzos

pensando en su propia vida y en la angustia de los familiares que esperaban en tierra.

Gaylord tomó en sus brazos a Nakoma y miró tristemente a Bennett, censurándole el haber obligado a la pobre mujer a ejecutar faenas que no le correspondían por ningún concepto.

—¿Estás satisfecho de tu obra? — parecía decirle.

—Llévala bajo cubierta, no ha sido nada — dijo Bennett reintegrándose a su puesto de mando para insultar con sus palabrotas de bruto a los hombres de mar.

Gaylord, con toda clase de precauciones, descendió al camarote de la infeliz y la depositó con ternura en el lecho.

—¿Se siente usted mejor, Nakoma?

La india entresbrió los ojos y con debilitada voz pudo pronunciar algunas palabras.

—Me estoy muriendo, sé que me estoy muriendo.

—No desespere, Nakoma. Pronto estaremos en salvo y pediremos auxilio al primer puerto o al primer buque que encontremos, para que la curen.

—Es inútil... Lo presiento... Me estoy ahogando y el corazón cesará ahora mismo de latir... ¡Qué raro!... Sé que me muero...

—Valor, Nakoma... Dios es justo...

—¿Dios?... Sí, sí... es justo... y El me inspira en estos instantes... Acérquese... Más... Es usted un hombre bueno, Gaylord, y voy a abusar de su bondad... por mi niña...

—Hable, Nakoma... No tema...

—Si calma la tempestad... huya con mi hijita... Quiero que crezca lejos de Stark... Stark es muy malo... Aunque él sea el padre de la niña... prefiero que la pobrecita quede al lado de un hombre de bien como usted.

Gaylord no titubeó en comprometerse a cumplir el sagrado encargo, pues Stark no merecía ni lágrimas ni caricias de un ángel.

—Si escapamos con vida de esta apurada ocasión, le prometo que me encargaré de la criatura, velando por ella como si fuera su padre, un buen padre.

Nakoma sonrió. La garantía de que su niña sería feliz, si Dios no permitía que el barco zozombase, ponía una nota de alegría en la hora triste de su desaparición del mundo, y al llegar la muerte cerró los ojos llevándose grabada en ellos la carita rosa que fuera su única ilusión.

Como obra de milagro, la tempestad había amainado cuando la tripulación, olvidando sus fatigas con la alegría de la victoria sobre el impiu mar, se disponía a arrojarse al agua el cuerpo de la infortunada Nakoma.

Gaylord oficiaba de "sacerdote", y, conteniéndose las lágrimas en el borde de sus ojos, murmuró la despedida hacia la eternidad.

Bennett no tomó parte en la conmovedora escena, pero la presenciaba con ironía desde lejos.



... y al llegar la muerte cerró los ojos, llevándose grabada en ellos la carita rosa que fuera su única ilusión.

sentado en uno de los palcos derribados durante la tormenta.

Acaso el salvaje sentía cierto alivio con la muerte de su mujer. Al fin y al cabo no dejaba de ser una boca menos por que procurar.

Gaylord estaba indignado y le acometían vehementes deseos de hacer purgar a Bennett, con un castigo mayor que la separación de su hija, el delito que su brutalidad le hizo cometer con la que dormía su último sueño en las profundidades del mar. Pero la prudencia le aconsejaba que se contentase con huir con la niña, para poder cumplir la última voluntad de la que supo ser, en medio de su desdicha, la mejor madre.

Pero poco después, hallándose Bennett abor-



Bennett no tomó parte en la conmovedora escena, pero la presenciaba con ironía desde lejos...

zando con la mayor frescura e insaciable apetito, Gaylord llegó hasta él, para devolverle el libro que tomara de su camarote para la ceremonia de la entrega del cuerpo de Nakoma al mar.

La niña, como si se diera perfecta cuenta de que acababa de perder para siempre su mayor tesoro, lloraba en un rincón, llamando sin cesar a la finada.

Bennett ni tuvo ni una palabra de piedad para la criatura; y como su llanto le irritaba, gritó al cocinero, cuando éste se marchaba a cubierta:

—¿No habrá modo de hacer que deje de hacer esa chiquilla?

Gaylord acercóse a la mesa de Bennett, con protestas en sus miradas.

—Estás desconocido, amigo Gaylord. Se echa de ver que no sirves para dar sepultura a alguien... sobre todo si ese alguien lleva faldas — le dijo irónico el patrón.

—Me asombra tu frialdad, Bennett.

—Yo soy un hombre fuerte... y no me clupo el dedo como otros...

—Es de nobles llorar.

—Sí, ¿eh? Es más noble no llorar... si el llanto es de cocodrilo.

—No tienes corazón ni tienes nada.

—Con sutana, serías un buen cura, porque ahora, sin ella, ya lo pareces.

—Quisiera serlo en estos momentos para saber abrumarte hablándote de los castigos que para tu maldad están escritos en letras de fuego.

—Eso lo habrás leído ahí, ¿no es cierto? Y ¿no dice nada ese libro acerca de los que desean a la mujer del prójimo? ¡Suerte tuviste de que a Nakoma se la merendaran los peces!

¡Miserable! Respeta al menos el recuerdo de tu víctima.

—Te duele, ¿eh? Pues si duele es que hay motivo.

—¡Eres un canalla!

Cegado por la calumnia infundida a la muerte, Gaylord se abalanzó a Bennett, para hacerle morder el polvo y obligarle, abofeteándole en la piedad, a gritar que Nakoma fue la más digna de las mujeres y que él era un villano de la peor casta.

Bennett, siempre despiertos sus instintos criminales, blandió un revólver, y el espectro de la muerte apareció ante los dos hombres.

Pero Gaylord era fuerte y hábil; y aprovechando una ligera ventaja sobre Bennett, apoderóse del revólver y lo disparó sobre el malvado sin poderlo evitar.

Bennett cayó pesadamente al suelo. La bala había sido bien dirigida.

¿Acudirían los marineros a detener al agresor?

Al parecer, nadie se había dado cuenta de la lucha.

¿Qué hacer?

De un momento a otro el crimen sería descubierta, y al prenderle la justicia, Gaylord no podría cumplir la palabra dada a Nakoma.

A grandes males, grandes remedios. Debía huir inmediatamente. Podía hacerlo en uno de los botes de salvamento.

Por fortuna, como ayuda providencial, los marineros hallábanse entregados a la importante tarea de comer.

La niña conocía a Gaylord, y al sentirse en sus brazos encogióse en ellos con gratitud.

En la parte de popa no había nadie. Hasta allí se deslizó el piloto con sumas precauciones, y botando sin dificultad y silenciosamente una lancha, en la que depositara a la huérfana, ató una cuerda a la borda del barco y alcanzó, bajando por aquélla, la barca salvadora.

Y pronto la frágil embarcación se perdió en la inmensidad esmeralda.

Pasaron los años.

En un lugar de Alaska situado a orillas del Océano Ártico, vivía feliz un tratante en pieles al que todos conocían por Mister Gale.

Mister Gale no era otro que Juan Gaylord, el noble primer piloto del barco de Stark Bennett, que había huido de la civilización para no ser reconocido como autor del asesinato del patrón.

Aquel día la alegría del viejo Gaylord, viejo, sí, pues los años no habían pasado en balde para él como para los demás, era más viva que nunca.

La cabaña estaba adornada como si en ella fuera a darse una gran fiesta.

En la cocina, la coquera Aluna, que estaba al servicio de Mister Gale desde su llegada a aquella región, se esmeraba en condimentar una comida digna de un Emperador.

Las horas se hacían largas, interminables para Gaylord.

Aluna abandonó unos momentos sus dominios

culinarios y apareció en el comedor de la tienda de vitualías, pues Gaylord, además de su negocio de base, vendía un poco de cada cosa, y se ganaba así holgadamente la vida.

La fiel criada llamó a su amo y le mostró un pastel magnífico que sus hábiles manos acababan de confeccionar y en el que había dieciocho candelitas.

Gaylord batió palmas con infantilidad al ver el dulce, pero fijándose en la cantidad de candelitas, dijo:

—Sobran velas, Aluna: Nora sólo tiene diecisiete años.

—Es verdad, Mister Gale. Sobra una.

Aluna retiró la candelita sobrante y depositó el pastel encima de la mesa, que ya estaba puesta, esperando la hora de reunir en torno de sus bordes a varios seres dichosos.

El acontecimiento que iba a festejarse en la cabaña era nada menos que el regreso de Nora, la hija de la pobre Nakoma, muerta en las costas siberianas doce años atrás.

Gaylord cumplió como prometiera su palabra de cuidar de la niña sin madre, y gracias a sus esfuerzos era Nora a la sazón una mujercita encantadora.

Para que la criatura no faltase del cariño tierno de una mujer, Gaylord tomó a su servicio

a la buena de Aluna, y ésta puso tal cariño en la huérfana, que no quiso separarse nunca de su lado, dispuesta a morir estando siempre a sus órdenes.

Cuando Nora tuvo ya apariencia de mujer, Gaylord decidió enviarla a la escuela de la misión establecida en el país, empero no fué sin trabajo que se avino a separarse de ella hasta su completa educación, hecho espléndido que al fin había acaecido.

Y era por eso que Gaylord, satisfecho de su buena acción, sentíase rejuvenecido, y que las paredes de madera de la cabaña parecía que crujiesen manifestando su contento.

Pero no eran solamente Gaylord y Aluna los únicos que se impacientaban por ver y abrazar a Nora.

No, Oros dos seres participaban de idéntica ilusión.

Esos eran dos cariñosos amigos de la niña convertida ya en fresco capullo de jardín primaveral.

Esos eran, digámoslo ya, Poleón, el simpático cazador, lúcido y agradable mozo que había encontrado buen medio de vida vendiendo las pieles de los habitantes salvajes de aquellas montañas áridas y heladas; y Nicanor, un viejo que tenía la pretensión de vivir lo que el pa-

triarca antediluviano Matusalén... y un poco más, y cuya ocupación consistía también en cazar con arma o con trampas raros ejemplares de zorros y otros animales.

La noticia del regreso de Nora había sacado a ambos cazadores de sus montañas.

Acercábanse con buen humor a la cabaña de Gaylord, y en un pequeño descanso que tomaron, para encender Nicanor su pipa, hicieron amigablemente algunos comentarios a la vuelta de Nora.

—Si yo tuviere sesenta años menos, Poleón, ya veríamos cuál de los dos se llevaba a Nora — dijo el viejo, que aunque se consideraba joven no cometía la necesidad de creerse que lo era bastante para enamorar a una mocita como aquella.

—Suerte tengo, pues, de que sea usted "un poco" más viejo que yo... porque sino...

—Aunque te burles. En mis buenos tiempos no había mujer que resistiera una de mis miradas.

—¿Las hipnotizaba usted en seguida?

—Me dedicaba al contrabando con todas ellas. ¡Les daba el opio!

—¿Sin temer a la justicia?

—¿Qué justicia?

—La del cielo.

—Pero ¿crees tú, bobo, que allá arriba se ocupan de estas cosas?

—En una palabra, era usted terrible... pero no se casó.

—¿Para qué? No tuve nunca un céntimo.

—Pues lo que es yo, si Nora quisiera...

—¡No ha de querer!

—Hemos ya a la vista de su casa. ¿No entrará usted conmigo?

—Iré directamente al muelle.

Poleón entrevistóse con el padre de Nora.

—Hoy es un día señalado para los que hemos aprendido a querer a su hija, Mister Gale.

Sí, Poleón. Día de gloria.

Tenga usted. Puse mis trampas de cazar en Punta Helero porque quería regalar a Nora una piel que no tuviera rival. Y lo conseguí.

—No levante usted la voz.

—¿Qué pasa?

—Mire hacia aquella parte.

—¿Cómo? ¿Soldados?

—Sí; mientras usted estaba ausente llegó un destacamento de Punta Barrows.

—Bien... ¿y qué?

—Son los representantes de la Ley, Poleón; y hay que respetarlos. Ya sabe usted que está prohibido cazar en esta época, y esa gente no gasta cumplidos.

—Es verdad... pero procurando que no me vean...

—No olvide el aviso.

El teniente Marcos Burrell, jefe del destacamento aludido por Gaylord, daba, en aquellos momentos, instrucciones al sargento Murphy, su segundo y ordenanza, todo en una pieza.

Mientras el oficial le hablaba, el sargento se distraía mirando a una indígena de ojos negros que quitaban el sentido... el sentido del sargento.

—¡Sargento Murphy! —gritó el Teniente poco después de separarse del mismo—. ¿Adónde va usted?

El sargento había ofrecido el brazo a la linda indígena, a la que conocía desde el primer día de su llegada, y se alejaba con ella rumbo a un hogar solitario, lo más solitario posible.

—Mi Teniente, iba... iba a pastar... a vigilar un poco.

—Y se llevaba compañía para cumplir mejor, ¿eh? Sígale.

Murphy despidióse con un gesto de la indígena y entró con su jefe en su alojamiento.

El Teniente se detuvo en el centro de su habitación particular y reprendió al sargento.

—Abóchese el cuello de la guerrera y procure que no tenga que repetírselo. Ahí fuera, después de la inspección a sus soldados, a los que no ha

perdonado la más leve distracción, le he hecho la misma observación. La justicia se ha hecho para todos, como el sol sale para todos.

—Sí, mi Teniente. Pero es que...

—Ni una palabra más. Abróchese.



—Esa afición a las faldas va a ser causa de que pierda usted sus galones, sargento.

Murphy obedeció, haciendo una mueca al abrocharse los botones del cuello, harto estrecho.

Y ahora présteme atención. Sé que le gustan a usted mucho las mujeres.

—Regular... regular...

—¡Silencio! Eso no puede continuar así. Esa afición a las faldas va a ser causa de que pierda usted los galones, sargento.

—No, por Dios, mi Teniente... pero es tan difícil no mirar a las mujeres...

—Hay que saber ser formal, para dar buen ejemplo a la tropa.

—Naturalmente que sí; y crea que yo quisiera ser de otro modo en terreno tan... tan especial.

—Un poco de paciencia, hombre; dentro de seis meses nos relevarán, y entonces podrá usted enamorarse cuanto se le antoje.

—Sí, mi Teniente.

—Si reincide en la desobediencia, será inflexible. Ya conoce usted mi genio.

—Bueno a pesar de todo, mi Teniente.

—La tolerancia tiene un límite. Puede usted retirarse.

—A la orden, mi Teniente.

—Espere.

—A la orden.

—Prepáreme el baño.

—¿En seguida?

—Inmediatamente.

Murphy llenó de agua clara la bañera del oficial, colocada a un lado de la habitación, junto a una ventana; y mientras el Teniente se en-

jabonaba el cuerpo con jabón perfumado, como si estuviera en la mejor ciudad, oyó un grito extraordinario.

—¿Qué significan esas voces y esos gestos de alegría? — preguntó a Murphy.

—Voy a preguntarlo, mi Teniente.

Salió el sargento de la cabaña del militar y enteróse de lo que ocurría.

—¡Ya entró el buque en que viene Nora! — decía uno.

—¡Ya llegó Nora! — exclamaba otro.

—¿Quién es esa Nora? — inquirió Murphy.

—No la conoce usted? Es la hija del tratante en pieles, que vuelve del colegio donde la tenían estudiando.

Regresó Murphy al alojamiento del oficial y repitió lo que le dijeran.

—Dame mis presuntuos.

Con ayuda de los gemelos vió el Teniente, desnudo en la bañera y cubierto de jabón, una barca acercándose a la orilla. En la lancha iba una muchacha muy gentil que agitaba sin cesar un pañuelo blanco en su diminuta mano derecha.

—Bonita, ¿verdad? — comentó el sargento.

—¿Ya vuelve usted a las andadas? ¡Es usted incorregible!

—¡Oh! No hablaba por mí, mi Teniente,

—Menos mal que reconoce usted que hay mujeres y mujeres.

—No es que yo sea loco, que digamos, pero entre usted y yo hay un abismo.

—Bien, bien. Prepare mi uniforme nuevo.

—¡Ah, mi Teniente, mi Teniente! Conque el traje nuevo, ¿eh?

—¿Qué libertades son esas?

Nora saltaba a tierra y se abrazaba a su padre adoptivo, que ella creía era su verdadero padre.

—¡Oh, papáito! ¡Qué felicidad!

—¡Hija mía!

Besáronse con mucho cariño. Gaylord lloraba.

Poleón esperaba el saludo de la hermosa muchacha y emocionóse al sentirla entre sus brazos.

—¿Qué tal, Poleón? Siempre tan guapo.

—¿Y tú, Nora? ¡Si pareces una señorita de postín!

Soy la misma de siempre, Poleón.

Una esperanza acarició al joven cazador.

Nicanor, también muy emocionado, mordía su pipa.

—¡Hola, mi buen Nicanor! ¡Cómo van esos ánimos?

—Aprieta, chiquilla, que soy fuerte, y así ese Poleón orgulloso me tendrá envidia.

—Si que aprieto, porque yo le quiero a usted mucho, Nicanor.

La gente del lugar mostrábase asimismo muy contenta.

Uno de los hombres que estaban cerca de Nora se apoderó del equipaje que ella trajo, pero Nicanor se opuso a que nadie lo tocara, porque nadie tenía tanto derecho como él a cargar con las maletas.

Gaylord, enlazándose a su hija, cogiéndola por el tallo, echó a andar hacia la cabaña en donde Alana esperaba latiéndole descompasadamente el corazón.

—¡Cuánta gente, papaito! ¡Oh! ¿También teñéis aquí militares?

—Sí, hija mía, esto se va poblando cada día más, y es fuerza que haya el temor a la autoridad.

Nora volvió a pisar el suelo de la cabaña donde creciera dichosa con su padre adoptivo, y estremeciéndose de ternura al encontrarse de nuevo entre sus queridas paredes.

Alana, apresuradamente, abrió sus robustos brazos para apresar en ellos a Nora, y su vigor, al recibir a la encantadora doncella, se tradujo en blandicie de cariño.

—¡Qué preciosa! ¡Qué encanto!

—No te burles, Alana. Tú sí que estás cada día más simpaticona.

—¡Cuán larga se me hizo la separación, Nora!

—A mí también. Pensaba mucho en todos vosotros, y ahora no sé cómo expresar mi regocijo al pensar que ya no me separaré más de esta cabaña. Pero, ¿qué veo? ¿Un pastel de cumpleaños?

—¿No te acuerdas, Nora, de que te escribí diciéndote que tu llegada coincidiría con tu fiesta natalicia, y que te reservaría una sorpresa? —dijo Gaylord.

—Es cierto. Esto es obra de Alana, ¿verdad? Tienes unas manos de oro, mi buena ama.

—La sorpresa es un regalo de Poleón. No contaba con él al escribirte, sino únicamente con el succulento dulce de Alana. Es una piel valiosa.

—Gracias, Poleón...

—No pude encontrar otra mejor.

—Es muy bonita y la luciré gustosa.

—¿Vamos a la mesa, Nora? —propuso Gaylord, que no cesaba de mirar a su ahijada.

—Nicanor y Poleón son nuestros invitados, ¿verdad?

—Sí. Tu padre nos dijo que nos quedaríamos

—respondió Nicanor—. Y tratándose de buena comida y de agasafarte...

—Pues a la mesa, que tengo apetito.

Pero acordándose de que traía algo para cada uno de los queridos seres que la rodeaban, exclamó:

—¡Un momento! ¡Yo también os he preparado



—Lo confeccioné yo misma, para ti, en el colegio.

una sorpresa!

Buscó en su maleta y sacó varios objetos, y regalando uno a cada hombre, rodeó luego el cuello de Aluna con precioso collar de cuentas multicolores, diciéndole:

—Lo confeccioné yo misma, para ti, en el colegio.

La fiel criada sonrió, y en recompensa, besó a Nora con amor casi maternal.

Seguidamente, Aluna sirvió la comida, uniéndose a los comentarios que los tres hombres hacían y en los que Nora era objeto de las mayores alabanzas.

En tanto, en el alojamiento del Teniente, Murphy deseaba ardientemente que su jefe saliese; pues, a pesar de los pesares, quería renunciar con la indígena que le miraba con buenos ojos.

El oficial, vestido impecablemente con un llamante uniforme, tenía la intención de ir a dar la bienvenida a Nora, sin conocer siquiera a su padre. La llegada de la muchacha sería el pretexto de la presentación del Teniente, particularmente y oficialmente, como amigo y como primera autoridad del lugar.

Gaylord y su hija y sus amigos cenaban tranquilamente cuando el Teniente asumió su simpático rostro al crumador, deteniéndose en el quicio de la puerta de la tienda y de las habitaciones interiores.

Gaylord temió instintivamente que aquel hombre llegase hasta él para recordarle que doce años atrás había cometido un crimen y que había llegado la hora de purgarlo; o que sospechando

algo, tuviese el propósito de descubrir el resto.

En una palabra, le causó disgusto ver al oficial.

Poleón y Nicanor participaron de idénticos temores uno y otro, los cuales consistían en suponer que habiéndose enterado el Teniente de que camaban a pesar de estar prohibido hacerlo en aquella época, iba a amonestarlos o arrestarlos.

La única que vió con buenos ojos al oficial fué Nora, y para el Teniente ella era la única persona que le interesaba saludar.

—¿Me será permitido presentarme yo mismo? Soy el teniente Burrell, muy a la orden de ustedes y muy aburrido.

Gaylord y Nora levantáronse de sus respectivas sillas, como dueños de la casa, y suplicaron a Burrell que entrase.

—Agradecemos el honor que usted nos dispensa, señor oficial — dijo Gaylord —, y le presentamos nuestros respetos como jefe del destacamento que el Gobierno nos ha enviado para asegurar la paz en este distrito, donde toda la gente es honrada e incapaz del menor delito.

—No he venido a hablar de lo que sucede en esta región, sino a pasar un rato agradable con ustedes... si no molesto.

Nicanor y Poleón mirábanse furtivamente. La presencia del oficial les molestaba en extremo.

—¿Quiere usted cenar con nosotros? — le dijo Nora, cariñosamente, encantada de la inespera-



—¿Quiere usted cenar con nosotros?

da visita.

Burrell no titubeó en aceptar.

—No puedo negarme, invitándome usted — respondió.

Sentóse el Teniente a la mesa y prosiguió la cena, amenizada por la charla del nuevo huésped.

Naturalmente, Burrell elogió a Nora.

—No sabe usted, señorita Gale, qué agradable es encontrar una persona como usted por estos andurriales.

—Es usted muy amable.

La simpatía que se fueron demostrando Nora y el militar exasperaba a Poleón y ponía de un humor de mil diablos a Nicanor. ¿Se proponía el apuesto oficial conquistar a la ingenua colegiala?

Burrell vió la hostilidad con que lo trataban los dos cazadores, y lejos de enfriarse su plática, redobló sus atenciones a Nora.

Ella, que no había visto nunca un joven tan galante, se sentía turbada por inexplicable sentimiento...



Pocas semanas habían bastado para que floreciera el idilio insinuado por el Teniente aquella noche de su presentación en casa de Nora.

Paseando por los montes con la gentil doncella, el oficial cayó al suelo al ser cogido su pie en una trampa de cazar, y aprovechando el incidente, sin consecuencias, sentáronse y hablaron de sus intimidades.

—Esta casita que aparece en esta fotografía es la vivienda de Virginia, donde me crié y donde viven mi madre y mi hermana. En esta otra fotografía se ven estas dos últimas.

Son muy simpáticas. Su mamá parece una santa.

—Todas las madres lo parecen... y lo son. ¿Hace mucho tiempo que perdió usted a la suya?

—Sí... Allá en mi infancia...

—Si la viena a usted ahora, qué feliz sería.

—Claro...

Porque la ilusión suprema de una madre es ver a sus hijos crecidos y sanos de cuerpo y alma, como usted, dignos de inspirar un amor profundo, como usted...

Nora le escuchaba llena de ilusión, y la llegada de Poleón, que se encontró delante de ellos sin haberlo podido evitar, pues estaban sentados sobre el musgo del camino, interrumpió la dulce confidencia.

Al verle, el Teniente le dijo:

—Poleón, usted debe saber que está prohibido cazar en esta época del año. Queriendo cazar ha sido usted cazado... cazándome a mí, que no tengo nada de zorro, precisamente...

—Yo cazo porque lo necesito para vivir, y cazaré en todo momento — respondió violentamente Poleón.

—Pues tenga cuidado de que eso no le acarree un disgusto.

—Lo procuraré.

Nora miró extrañada a Poleón. ¿Por qué había contestado con hostilidad al Teniente, cuando éste se había limitado a hacerle una advertencia muy justa?

¿Acaso no sabía que Poleón había pensado en casarse con ella?

No. No lo sabía. Nora no había sentido nunca por Poleón lo que, apenas se presentó ante ella, sintió por el Teniente, transformándose en amor.

Entretanto, como ave de mal agüero, rondaba un buque por aquellas costas.

Un fantasma del pasado lo mandaba. ¡Stark Bennett!

—¿Qué hacemos, patrón? — preguntaba su segundo al ruido marino.

—Entraremos aquí a hacer provisión de agua. El segundo de a bordo dió la orden de enfilar la proa hacia la playa, y al detenerse el buque, Stark Bennett saltó a una lancha para desembarcar en la orilla del pintoresco lugar.

Poleón, al separarse del Teniente y de Nora, fué al encuentro de Gaylord y le contó lo sucedido.

—Pese maldito Teniente tropezó con una de mis trampas de cazar y me pescó.

—Ya le puse a usted sobre aviso.

—Sí, pero no importa. Pero pescará a Nora como usted se descuide.

—¿Mi hija estaba con él?

—Como siempre. Supongo que no ignora usted que salen todos los días juntos.

Gaylord esperó impacientemente a Nora, y al regresar ésta, le habló del oficial, un tanto

severo, temiendo que lo que se proponía el galanteador era peligroso para la doncella.

—Me parece que no te conviene ver a ese militar tan a menudo, hija mía.

—Pero, papá, él es muy bueno; y me agrada mucho oírle hablar de su tierra y de la manera como viven las mujeres blancas como yo.

Una arruga profunda surcó la frente de Gaylord al contraer su rostro al contacto con el recuerdo.

—Aléjate de él, hija mía, que nada bueno puede resultar de que llegues a encariñarte con ese militar.

—Pero, papaito, si es que yo le quiero.

—¿Le quieres?

—Y yo creo que él también me quiere.

—No te ilusiones, hija mía... no te ilusiones...

—Ponte en mi lugar, y aconséjame. ¿Qué harías tú?

Gaylord cerró los ojos, abrazó a Nora, y murmuró:

—Comprendo, hija mía, comprendo.

Stack Bennett estaba ya en la fría región. Necesitando hacer algunas compras dirigióse a la cabana de Gaylord, el falso Mister Gale.

Gaylord le reconoció en el acto, pero ocultó cuanto pudo su rostro.

—Deme usted balas para este revólver — díjole Bennett, no habiéndole reconocido aún.

Gaylord dejó encima de la mesa una caja de balas, y mientras Bennett cargaba su revólver, él procuraba sustraerse a sus miradas; pero fué por demás, pues interrumpiendo bruscamente la operación a que estaba entregado, el salvaje miró con asombro a Gaylord y exclamó, dibujándose en sus labios una mueca horrible:

—¡GAYLORD!

Gaylord trató de negar que era él.

—¿Eh? ¿Qué dice usted?

—¡Qué sorpresa! Hace ya bastantes años que me dejaste por muerto, ¿eh, amiguito?

Gaylord no volvía de su terror.

—Sí... sí... creí que en la lucha quedaste sin vida. Pero calla. Que nadie se entere de eso. Si tu memoria no te traiciona, tú me provocaste. Yo me defendí.

—Sí, ¿eh? Pero la cuenta no está saldada.

—Por favor, silencio... Alguien se acerca.

En efecto: Aluna entró en la tienda.

—Es mi ama de llaves — dijo Gaylord a Bennett al preguntárselo éste con la mirada al ver como la mujer desaparecía hacia las habitaciones interiores.

—Estás montado con lujo. Has tenido suerte. Vaya, vaya con Gaylord...

—Muchos sacrificios me ha costado...

—¿Y mi hija? ¿Qué ha sido de mi hija, que tú me robaste?

—Murió en Noms... el mismo invierno que yo dejé el barco.



—¿Qué sorpresa! Hace ya bastantes años que me dejaste por muerto, ¿eh, amiguito?

Nora apareció de improvisto. Gaylord reprimió cuanto pudo un gesto de temor.

—¿Preparo la comida, papá? — dijo Nora.

No pudo contestar de palabra, y haciéndole una seña, Nora desapareció.

—¿Quién es esta linda muchacha? — preguntó Bennett, brillándole los ojos al sospechar que era su hija robada.

—Mi hija — contestó Gaylord con firmeza.

—¿Tu hija?

—Me casé hace dieciséis años.

—Y enviadaste, ¿verdad?

—Sí, hace tiempo.

—Tú no serías capaz de engañar a un amigo como yo, ¿eh?

—Si no basta mi palabra, puedo presentar pruebas de que es verdad lo que digo.

—No hay necesidad. ¿Para qué?

Bennett, convencido de que Gaylord estaba bajo su dominio, presa de pánico, se consideraba como en su casa. Dirigióse hacia el comedor.

—¡Bennett! — gritó Gaylord, furioso.

—¿Qué pasa?

—¿A dónde vas?

—Eso es cuenta mía.

Por fortuna, el segundo de Bennett llegaba en aquellos instantes a la tienda.

—Patrón — dijo a Bennett, impidiéndole que entrase en el comedor —: ese maldito Teniente pide el manifiesto del buque.

—¿Qué idiota! Bien; voy a dárselo.

Gaylord se sossegaba.

—Supongo que no te disgustará el saber que volveré... — dijo Bennett como despedida.

Y de nuevo Gaylord hundiéndose en el abismo de sus terribles temores.

Unas horas después, Nicanor, el simpático cazador, viejo pero fuerte como un robé, llegó a la tienda con una gran noticia.

—¡Al fin encontré lo que buscaba, Juan Galeoro, pero a montones!

Gaylord alegróse de la fausta nueva, y asociáronse a su alegría Nora y Poleón, que ya estaba en la tienda cuando llegó el viejo.

—Habrá para todos, para todos... — decía Nicanor mostrando el rico metal, que vació de una bolita en un plato—. He aquí el plano.

Bennett regresaba en tan importante momento a la tienda. Se detuvo detrás del viejo, y enterándose de su gran descubrimiento, le interrumpió:

—Inclúyame en el número de los favorecidos. Soy amigo de Mister Gale desde hace muchas años; ¿no es cierto, Gale?

Gaylord no se atrevió a negar que eran muy amigos.

Hombre, ya que está usted aquí, no habrá inconveniente — dijo Nicanor, en vista de que el falso Gale y Bennett se conocían—. Hay oro

para enriquecer a todos. Y, como decía, el terreno donde se encuentra el filón...

Nicanor dió amplias explicaciones, y quedó concertada para aquel mismo día una visita a los terrenos auríferos, a fin de que cada uno de



Bennett regresaba en tan importante momento a la tienda.

los amigos allí reunidos denunciase la mina que eligiese para su explotación.

Bennett no estaba dispuesto a perder la magnífica ocasión de denunciar, como los demás,

una parte del terreno que contenía oro en abundancia, y dijo a su segundo:

—Me voy a la montaña.

—Eso es un disparate. El mar no tardará en helarse de un día a otro, y conviene abandonar estos lugares cuanto antes.

—Procura no dormirte, y déjame en paz.

Nora, que también formaba parte de la expedición al monte, pensó en el teniente Burrell; y lista ya para emprender el viaje, fué a verle en su alojamiento.

El viejo Nícanor ha dado con unas minas de oro muy ricas; yo sé un atajo para llegar a ellas antes que nadie. ¿Quiere usted acompañarme?

—Con mucho gusto, Nora. Y le agradezco que haya usted pensado en mí con tanta confianza.

El Teniente llamó al sargento, pero éste hallábase pelando la pava con la indígena de marras.

—¡Sargento Murphy!

El aludido se azoró.

A la orden.

—Abrochese el cuello de la guerrera. ¿Quiere usted que lo arreste?

—No, por Dios, mi Teniente.

—¿No le he dicho a usted que se deje de an-

dar enamorando a estas mujeres de por aquí? Tendría que ver que pensara casarse con una de esas mestizas!

—¿Quién habló de casarse, mi Teniente?

Nora sorprendió esa conversación y echóse a reír.

Poco después, Nora y el Teniente emprendían la ascensión al monte, hacia la dorada meta; llenos de ilusión uno y otro.

La noche les sorprendió en mitad del camino y se detuvieron, sin recelo por parte de ella ni ningún bajo propósito por parte del Teniente.

Cubriéndola con su capote para que durmiese lo mejor posible, Burrell le habló de su amor, dulcemente, sin arrebatos ni frases de efecto, sinceramente, y ella durmióse escuchando sus palabras.

El sargento, aprovechándose de la soledad en el alojamiento del Teniente, habíase vestido el uniforme del oficial, y para darse tono refería cosas a la incauta indígena, que estaba allí con dos hermanitos.

—Me encontré completamente solo y rodeado por mil doscientos soldados enemigos, pero yo no soy hombre que se asusta con facilidad...

El sastre del destacamento, que entró en la habitación del Teniente, detúvose atónito al ver al sargento ascendido tan rápidamente.

Murphy, a fin de que su mentira no fuese descubierta, dió al soldado un billete para ase-



—Me encontré completamente solo y rodeado por mil doscientos soldados enemigos...

gurarse su complicidad, y el buen sastre no tuvo inconveniente en llamarlo Capitán, cuadrándole ante él como si realmente el sargento lo fuera.

Nora y el Teniente, ligados uno a otro por un juramento de amor, dispusieron a regresar sin demora al valle, y en un tronco de árbol muerto que emergía de un montón de piedras prendió ella la siguiente nota:

Querido papá:

He tomado el atajo a fin de denunciar dos buenas minas para los dos. Vuelve a casa cuanto antes. Yo lo hago en seguida. Besos de tu hija

Nora

El Teniente estuvo contemplando largo rato el cielo, y alarmado por los densos nubarrones que se espandían por él, dijo a Nora:

—Va a desencadenarse una gran tormenta. Tenemos que apresurarnos a regresar a casa.

Ya entrada la tarde, la tormenta había ido avanzando desde el Norte trágica, amenazadora, como lo presagiara Burrell.

Nora y su acompañante estaban ya de regreso, y la tardanza de los demás expedicionarios,



—Va a desencadenarse una gran tormenta. Tenemos que apresurarnos a regresar a casa.

que, aconsejados por el aspecto del cielo, debían haber emprendido también el regreso, hacía sentir a Nora inquietud y desasosiego.

El huracán empezaba a desprender las masas de hielo y era inminente que el barco de Ben-

nett, si seguía detenido allí, quedaría aplastado por los desprendimientos.

Unas horas después, los expedicionarios llegaron a la tienda, y Nicanor, al ver a Nora, no pudo menos de decirle, dándole unos cariñosos golpecitos en la espalda:



—Sí, Mister Gato. He dado a su hija palabra de casamiento, y haré cuanto de mí dependa para que ella sea feliz.

—¡Caracoles, Nora, ya se ve que sabes lo que te conviene! Las minas que has señalado para denunciarlas son las mejores, exceptuando la mía

—Lo que no me explico es cómo pudiste hacer ese viaje solita — le dijo Poleón, que se resistía a creer que el Teniente la hubiese acompañado.

Pero Nora no mintió.

—El teniente Burrell vino conmigo.

—¿Eh? ¿Qué dices? ¿Por qué no me hablaste de ello? — reprochó a Nora, con inusitada dureza, su padre adoptivo.

—Quise darte una sorpresa.

—Sígueme a dentro.

El Teniente, que estaba allí, siguió a padre e hija, y tras él lo hizo Bennett.

—Padre, el Teniente y yo nos queremos.

Gaylord miraba a Burrell.

—Sí, Mister Gale. He dado a su hija palabra de casamiento y haré cuanto de mí dependa para que ella sea muy feliz.

¿Qué más podía desear Gaylord que un resultado tan espléndido de su protección desinteresada a Nora?

Pero ¿sería capaz Bennett, que en el fondo de la habitación contemplaba con una sonrisa cínica aquella venturosa escena, de tratar de atentar contra la nascente felicidad?

Porque Gaylord, que conocía la maldad de su antiguo patrón, sospechaba que éste no estaba completamente convencido de que Nora era

hija suya, como le había dicho, y temía que, aunque sólo fuera por perjudicarlo, aludiese al pasado de modo que el oficial comprendiese que había algo anormal en la vida de los que iban a ser sus parientes al unirse a Nora.

El Teniente esperaba la respuesta de Gaylord a sus palabras acerca de la dicha de la elegida para esposa, aunque no dudaba de su conformidad.

Y Gaylord, venciendo sus escrúpulos, contestó:

—No podía desear para Nora mejor partido que un joven con brillante carrera y mucha nobleza en el corazón. Que sean ustedes siempre felices.

Gracias, papaito.

Nora, henchida su alma de alegría, besaba ruidosamente a su padre adoptivo, y Burrell, también muy alegre, estrechó la mano de su futuro suegro.

Bennett seguía inmóvil en su sitio, muy atento a los gestos de Gaylord, a quien su presencia, harto claro estaba, le intimidaba cada vez más.

Nora dijo a Gaylord:

—Iremos a pasar nuestra luna de miel en Virginia, y tú nos acompañarás.

—¿Para qué? Me bastará saber que eres di-

chosa y me contentaré con verte de vez en cuando. Pero, eso sí, te agradeceré que me escribáis a menudo.

— Sí, sí, papaito.



— Yo no soy tan exigente como ustedes los militares; si una mujer es bonita, no me importa que sea de raza blanca o de raza india.

— Aunque no más sea un par de veces al mes.

— Sí, sí. Y te contaré todo lo que haga. ¡Ay, papaito, qué sorpresas tiene la vida! ¡Ir a Virginia, casada con un Teniente, y alternar con mujeres blancas como yo!

Gaylord sonreía, sonreía... pero su sonrisa ocultaba un amargo secreto.

Bennett, fastidiado por tanto júbilo, intervino en la plática familiar.

— No lo digo por desanimar a nadie, pero ojalá les vaya en el matrimonio mejor que a mí.

El oficial, Nora y Gaylord coincidieron en reprochar con la mirada lo que decía.

— Yo estuve casado con una india... — prosiguió el salvaje.

— ¿Con una india? — dijo el Teniente después de confirmar su suposición de que Bennett era blanco.

Gaylord temblaba, y, sin apartar su vista de Bennett, acariciaba la culata de un revólver.

Bennett recogió la pregunta por la que el oficial significaba su extrañeza por su boda con una india, y aclaró ese punto.

— Yo no soy tan exigente como ustedes los militares. Si la mujer es bonita, no me importa que sea de raza blanca o de raza india.

Nora, como antes el Teniente, miró extrañada a Bennett. Tampoco ella consideraba lógico que un blanco se casase con una india, por la diferencia de las dos razas.

Bennett, como si no hubiese reparado en la sorpresa de Nora, dijo a Gaylord, con retintín:

—Usted que conoció a mi esposa puede decir a su futuro yerno si era o no era bonita.

—¿Tú conociste a la esposa del señor, papá? —inquirió Nora.

—Sí... pero hace tanto tiempo que murió... —dijo con esfuerzo Gaylord.

Bennett sonreía cínicamente, gozándose en el desconcierto de su antiguo piloto.

—¿Qué te parece, "Gale"? —añadió — ¿No es verdad que es curioso que mi esposa fuese el vivo retrato de esta muchacha...?

Nora protestó con un gesto de negación.

—Ella parecerse a una india! ¡Ni pensarlo siquiera!

—A decir verdad... —continuó Bennett.

Gaylord no pudo contenerse más y disparó el revólver que acariciaban sus manos.

—¡Erraste el tiro! —dijo Bennett, que salió milagrosamente ileso, pues la bala se incrustó en la pared, a escasos centímetros de su cabeza.

El Teniente y Nora no penetraban ni remotamente el misterio de aquella agresión por parte del pseudo Gale, y su estupefacción no conoció límite al ver como Bennett, abalanzándose como una fiera sobre Gaylord, se disponía a castigarle.

—¡Quietos, patrón!

—Fué... fué sin querer — disculpóse temblando el autor del disparo.

—Sin querer, ¿eh? Lo mismo que hace tantos años.

—No sé cómo ocurrió... no sé...

—Vaya, hombre, díles quién es ella.

Nora iba de asombro en asombro. ¿Qué quería decir aquel intruso? ¿Quién era ella sino la hija de Mister Gale, como todos llamaban a su querido padre?

Pero Gaylord, con su mudez a las instancias de Bennett, evidenciaba que éste no estaba delirando sino refiriéndose a una verdad... una verdad que debía ser, a juzgar por el sufrimiento de Gaylord, muy amarga.

El Teniente también era presa de inquietud, y, como Nora, deseaba que Gaylord dijese algo.

Pero Gaylord no podía decir nada. ¿Cómo revelar que Nora era hija de la infeliz Nakoma, la esposa de Bennett, de aquel odioso Bennett que no respetaba siquiera la garantizada felicidad de su hija, puesto que estaba convencido de que Nora era la hija que le fuera robada por encargo de su propia esposa? ¿Cómo destruir, con unas palabras nada más, todas las ilusiones de la doncella? Era preferible callar, la muerte misma antes que cometer esa villanía.

Bennett no titubeó más. Tenía ganada la par-

tida. Sabía que separar a Nora de Gaylord sería el mayor castigo que podía infligir a su enemigo.

—Está bien, seré yo mismo quien se lo diga a ella — manifestó el miserable padre.

—¿Quién soy yo, vamos a ver? No comprendo nada.

—Mirame bien, chiquilla. Tú no eres más que una mestiza; tu madre fue una pobre india.

—¿Yo? ¿Yo?

—Sí, tú. La sangre blanca que tienes es mía. Yo soy tu padre y he recorrido medio mundo buscándote.

Gaylord, presa de crisis nerviosa, mordíase los labios, que sangraron. ¡La venganza de Bennett era horrible! ¡Pobre Nora!

La muchacha dudaba de la revelación de Bennett y suplicaba a Gaylord, llorando con infinita amargura, que negase cuanto había dicho aquel hombre tan rudo llegado de nadie sabía dónde.

El Teniente, reaccionando de su atontamiento, sentía bullir su sangre contra Bennett.

Nora, arrodillada junto a su padre adoptivo, insistía en sus ruegos de que negase que ella era hija de Bennett; mas éste, siendo a su enemigo por los cabellos, rugió:

—¿Serás capaz de desmentirme? Anda, atrevete.

—¿Soy hija de ese hombre, padre? Habla, padre — decía angustiosamente Nora.



—Serás capaz de desmentirme? Anda, atrevete.

Y Gaylord, vencido por el dolor, hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¡Oh! ¡Dios mío! — gimió la joven.

El Teniente separó a Bennett de Gaylord y le dijo severamente, no reconociéndole como padre de Nora, pues la infamia que acababa de com-

ter lo descalificaba, si no hubiera ya otros motivos para ello:

—Bennett, le doy a usted una hora para que se vaya de esta región.

—Está bien; y lo celebro, porque usted y yo no congeniaríamos.

Nora estaba inconsolable. ¡Ella, una mestiza! ¿Cómo recordaba lo que le dijera el Teniente al sargento Murphy aquella tarde que ella fué a enterar al primero de su viaje al monte! "Tendría que ver que pensara casarse con una de esas mestizas!" — habíale dicho.

Burrell se acercó a ella, y, amorosamente, murmuróle:

—Eso no importa, Nora. Yo te amo lo mismo que si fueses de pura raza blanca.

—Si importa, si importa.

—No, te lo prometo, y te suplico que elijas entre tu verdadero padre y yo.

Yo te quiero con toda mi alma, pero necesito reflexionar.

—No dudes que sabrás creer en mi amor. Esperaré en mi alojamiento.

Salió Burrell, midiendo al cruzarlo a Bennett, que no cesaba de sonreír con punzante ironía; y al quedar a solas los dos padres de Nora, el salvaje no le permitió reflexionar libremente.

Convéncete, chiquilla; con nadie has de es-

tir mejor que a mi lado. Por algo soy tu padre.

Déjeme... déjeme...

Gaylord no tenía fuerzas para hablar.

—No creas que un oficialito de esos ha de casarse con una mestiza.

—¡Oh! No me martirice.

—Te diré mil embustes, te prometeré esto y lo de más allá, y después, si te he visto no me acuerdo.

—No, no...

—Ya lo sabes, hija mía; y estoy pendiente de tu decisión. Pero sé rápida en tomar una determinación cualquiera.

Nora reunióse con Gaylord.

—¡Ay, Dios mío! ¿Por qué no me dijiste nada?

—Yo quise hacerte feliz, muy feliz, Nora. Pero, ya ves, no han querido que lo fueras. ¿Quieres irte de mi lado?

—Tengo que irme, papáito... Entre el teniente Burrell y yo existe ya una barrera infranqueable. No puedo pensar en casarme con él.

—Entonces ¿te vienes conmigo, Nora? — dijo Bennett.

—Sí... Voy con usted...

Gaylord lloraba silenciosamente.

—Adiós, hija mía... tal vez para siempre.

—No, papáito, no. Volveré a tu lado en la primavera, cuando él se haya marchado, pues

díjome que sería relevado dentro de seis meses.

—¿Vamos ya, Nora?

—Sí, vamos... cuanto antes mejor...

—Adelántate... Yo te sigo al momento...



—¿Vamos ya, Nora?

Salíó Nora llorando, y al cruzar el alojamiento del Teniente mandóle imaginariamente un beso y apresuró el paso.

Bennett y Gaylord, frente a frente, miráronse, aquí a éste con burla, y el segundo al primero con humildad, pensando en Nora.

—Vaya, Gaylord, hemos saldado cuentas.

—¿La tratarás bien, Stark?

—Vaya, vaya, ¿cuándo he tratado yo mal a las mujeres?

—¡Siempre, maldito! Pero si Nora sufre contigo...

—No temas, cariñoso amigo... Nora no deseará nunca más volver a tu lado... porque yo me encargaré de convencerla de que tú la querías tanto porque quisiste mucho a mi esposa. ¿Qué te parece?

—¡Eres un monstruo!

—¿Pelea quieres? Me gusta tu valor. Mediremos la fuerza de nuestros puños y conocerás el dolor de los míos.

Los dos enemigos se arrojaron uno sobre otro como fieras rabiosas, y Gaylord, a quien sus energías traicionaron, quedó casi sin vida en la tienda.

Los hielos se quebraban de modo alarmante.

Bennett corrió hacia el buque, constantemente amenazado por los desprendimientos de enormes bloques, y dió la orden de partida hacia el Sur.

Gaylord, gritando cuanto podía, y podía poco, para que Bennett no pudiera huir con Nora, de cuyo corazón, con sus calumnias, arrancaría la imagen venerada del que siempre demostró que, sin serlo, era un buen padre; y arrastrándose con grandes esfuerzos, salió fuera de la ca-

baña y dirigióse, arrastrándose también, hacia el muelle.

El sargento Murphy le vió caer desfallecido, y reconociéndole, fué a avisar al Teniente.

Enterados de cuanto ocurría, y creyendo, como Gaylor, que Nora, si se marchaba con su verdadero e infame padre no volvería más, los dos simpáticos militares decidieron llevar socorro a la amada del oficial.

Crizaron temerariamente una vasta extensión de mar helado, y lograron subir a bordo.

El buque se abrió paso con muchas dificultades a través del hielo, y los bloques iban cayendo muy cerca de sus flancos.

El Teniente, recorriendo el interior del barco, oyó la voz de Nora y pretendió reunirse con ella.

Pero Bennett, que le había visto, se opuso a ello.

¡Bestia inmundal — rugió Burrell —, Si no se aparta de mi vista le mato como a un vil reptil.

Bennett lanzó una iracunda carcajada y echóse sobre Burrell.

El Teniente, que estaba prevenido, le recibió brindándole las caricias de sus férreos puños, y entablóse entre ambos una lucha sangrienta en la que la muerte parecía rondar.

Más robusto que Bennett y dispuesto a morir por la vida de Nora, Burrell venció a su adversario.

Una montaña helada acababa de desplomarse sobre el barco, destruyéndolo, y los bloques fantásticos se adentraban en su seno con tesón.



Más robusto que Bennett y dispuesto a morir por la vida de Nora, Burrell venció a su adversario.

Nora veía con terror acercarse el término de su vida; pero Burrell derribó la puerta del camarote en que ella estaba encerrada, a tiempo

de evitar que el hielo, aplastando el barco, lo aplastase también.

Oyóse un crujido infernal; y poco después de haber saltado sobre la helada planicie, para ponerse en salvo, Nora, el Teniente y el sargento, el barco de Bennett quedaba sepultado bajo los hielos, y con él el inhumano patrón.



La teoría de que una mestiza no podía casarse con un blanco fué rechazada por el Teniente.

Nora no titubeó en escuchar la voz de su corazón; y tan pronto estuvo curado su verdadero padre — verdadero aunque no lo fuese — embarcóse con el oficial hacia la civilización, para casarse.

Les acompañaba Gaylord, que con la felicidad de su alijada se consideraba suficientemente pagado de cuanto había hecho por ella.

Interrumpiendo su amorosa plática con Nora, el Teniente gritó, de súbito:

— ¡Sargento Murphy!

— A la orden — contestó el abnegado sargento, incorporándose en su cómodo asiento, sobre cubierta.

¿Qué está usted haciendo ahí tan calladito?

—Contemplo el paisaje, mi Teniente.

La mujer que estaba al lado del sargento se ocultó. ¡El paisaje era... como siempre, de carne y hueso! ¡Murphy resultaba incorregible!

—Abóchese el cuello de la guerrera!

—Sí, mi Teniente.

FIN

¡ACONTECIMIENTO!

Nueva colección extraordinaria
de novelas cinematográficas

96 páginas. — Derroche de ilustraciones fotográficas. — Portada a trierumia. — Papel couché superior para los ejes, cuyo coste, como se podrá comprobar, es fabuloso.

Narración sencilla y concreta, reflejando fielmente las escenas de la película.

Primera Novela de la serie que hemos titulado

"La Novela Semanal Cinematográfica"

EDICIONES ESPECIALES

LA VIUDA ALEGRE

Asunto basado en la popular opereta de Franz Lehár.

Nadie puede imaginarse el partido que el mago de la escena muda, Eric Von Stroheim, ha sabido sacar de la delicada fantasía musical.

Interpretes principales: MAR MURRAY, John OILBERT y Ray d'ARCY, tres figuras prominentes de la pantalla.

¡Vea usted el primer libro de nuestra nueva colección, y lo comprará, se deleitará con su lectura y lo recomendará muy gustoso a sus familiares y amigos!

Precio de cada libro: Pesetas 1'50

Haga sus encargos a su quiosco o librería desde ahora mismo.

La salida de este primer número coincidirá con el estreno de la película en España, o sea el lunes, día 19 del corriente mes.

PRÓXIMO NÚMERO

La grandiosa novela

LA HECHICERA

Por la inimitable
POLA NEGRI

ES UNA SUPERPRODUCCION

PARAMOUNT

64 páginas - Numerosas fotos - Portada a bicolor

Precio **50** cts.

¡SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS!

051 L6F (BARREZ)

